
El Perú, país mestizo

El Perú es un país que ha discutido mucho su propia identidad, que ha especulado muchísimo acerca de ella, quizá porque el mestizaje peruano sea un fenómeno tan complejo que los peruanos no llegamos a ponernos de acuerdo sobre él. Veamos. Se dice que hay tres escuelas o vertientes dentro de las cuales se clasifican las doctrinas o teorías sobre la interpretación de la realidad peruana. Hay, en primer lugar, una doctrina indigenista; por contraste y contrapuesta a ella, hay una doctrina o una escuela hispanista; por último, hay la doctrina central, lo que no quiere decir propiamente ecléctica, que afirma la importancia suprema del hecho del mestizaje, la doctrina que llamaremos mesticista, si se nos permite este barbarismo.

Claro que el hecho omnipresente del mestizaje no es, en modo alguno, negado por la escuela indigenista, ni mucho menos por la hispanista, lo que sería negar la evidencia misma. Estas escuelas que pueden llamarse parciales tienden a valorar sobremanera, a enfatizar sobremedida ciertos elementos particulares dentro del maremagno del mestizaje. Así, para la escuela indigenista, que encabeza hoy el ilustre historiador del pasado prehispánico Luis E. Valcárcel, y encabezó antes nuestro protoarqueólogo Julio C. Tello, el factor indígena es el decisivo, numéricamente predominante y valorativamente superior en la compleja realidad del Perú. Los otros elementos deben ser a la postre asimilados por una nación eminentemente indígena. Además, hay en la escuela indigenista lo que puede llamarse una preocupación de «autoctonía», de oriundez o independencia cultural, aspiración que deberá plasmarse en el «nuevo indio», en el sentido de indígena o natural del lugar, y que bien puede ser, en suma, un mestizo. Pero la anfibología en la acepción de lo «nativo» se vence en la exaltación de los valores de la herencia prehispánica. Tal es por cierto sólo un punto de vista, aunque expresado con mucha vehemencia, no sólo teórica, sino política. El indigenismo suele ser la posición asumida por las izquierdas de diferente matiz.

Por reacción, la llamada escuela hispanista, que en el siglo XX han encabezado José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y Raúl Porras Barrenechea, exalta en mucha mayor medida que la indigenista el hecho del mestizaje, y se apoya sobre este hecho para afirmar la imborrable presencia de los factores hispánicos, factores que no se dan puros en su forma europea, sino mezclados, o si se prefiere impuros, en su forma americana, pero que cobran un relieve importante dentro de lo que de otra manera sería un mestizaje informe y sin perfil. Quizá quien mejor ha logrado expresar esta tesis, insistiendo por lo demás en la importancia del factor religioso, es Víctor Andrés Belaúnde, ideólogo de la peruanidad, quien diré de paso fue mi padre. Belaúnde columbró una aplicación de la distinción metafísica de Aristóteles entre

materia y forma a la cultura. El pensaba que un universo cultural es un organismo estructurado hilomórficamente, en que ciertos elementos cumplen una función más bien material y otros una función formal o de entelequia en el sentido de Aristóteles. El creía que esto pasa en el Perú con muchos elementos culturales aportados por España. Así, el hispanismo no niega nada, en frase de Belaúnde, el Perú es una síntesis viviente en que todo está incluido, pero en esa síntesis hay un relieve funcional, una organicidad que es jerarquía.

La tercera posición que hemos llamado mesticista, ha tenido paradójicamente hasta ahora un desarrollo teórico quizá menos evolucionado. Su representante más preclaro y más entusiasta es un autor al que no se suele dar ni en el Perú ni en el extranjero la relevancia que merece. Me refiero a José Luis Varallanos, antropólogo, escritor y poeta, cuyo libro *El Cholo y el Perú* es no sólo un minucioso estudio de la naturaleza del hombre mestizo en mi país, sino un ardoroso y casi mesiánico canto a sus virtudes. La tesis de Varallanos se parece a la tesis indigenista en el sentido que todo el énfasis está puesto en un tipo humano, que ya no es el indio, como en Valcárcel, sino el cholo, el mestizo. Mejor dicho, en el Perú dejará de haber indios y todas las variedades raciales y culturales serán absorbidas por el cholo, fuerte estirpe llamada a un inmenso futuro. Por lo demás, nos parece que así concebida la tesis mesticista resulta congruente con el afán de autoctonía que hemos visto, caracteriza a nuestros indigenistas. Lo autóctono u oriundo es ahora fruto del mestizaje, cristal del crisol de la Historia. El gran novelista José María Arguedas apuntó a ello en su novela *Todas las Sangres*.

Debo agregar que a mi entender el ilustre escritor José Carlos Mariátegui debe también situarse dentro de la concepción mesticista, pero el sentido de su obra no es propiamente exaltar el mestizaje, sino aplicar las categorías de un marxismo más o menos heterodoxo para interpretar la realidad peruana. Valgan estas frases para situar a ese importante autor en el panorama que hemos descrito.

Personalmente, creo que cada una de las escuelas mencionadas aporta su parte de verdad, y que, por tanto, la verdad entera está en la síntesis de las mismas, síntesis que todavía no ha sido hecha, pero que debe buscarse por el camino más abierto a recoger las tres vertientes, y este camino es en lo esencial la tesis mesticista; es decir, porque la tesis mesticista se presta mejor a un perspectivismo histórico sobre el Perú, es por el camino de ella que debe buscarse la visión integral a condición de no negar nada de lo certeramente visto por las otras escuelas.

Valga esta afirmación ecléctica como un primer paso en procura de precisar nuestra propia posición. Primer paso que ciertamente no debe tomarse como el definitivo, pues no habremos de resignarnos fácilmente a un eclecticismo primerizo e informal. Quisiéramos elaborar a partir de este primer paso una concepción más compleja que dé cuenta cabal del mestizaje peruano, en particular, desde un punto de vista que sea a la vez antropológico, sociológico, psicológico y, si se quiere, metafísico. Quiero decir que el punto de vista desde el cual me gustaría llegar a comprender este problema es el que propuso Emil Durkheim en su célebre teoría de la conciencia colectiva. Para ello, una de nuestras tareas, aunque no ahora, será precisar lo que consideramos que hay de válido en la original concepción de

Durkheim y sus desarrollos posteriores; eso por un lado, por el otro aplicar tales categorías analíticas al estudio e interpretación de la realidad peruana. Por cierto, ello sobrepasa con mucho los márgenes de este artículo en que sólo quisiera intentar una introducción impresionista al tema del mestizaje en el Perú.

* * *

El mestizaje surge de la conquista. Se ha dicho mucho que la conquista fue el desencadenamiento de la sed del oro. Y, efectivamente, lo fue. El oro del Perú aún relumbra y resuena en la memoria de los pueblos cuando oyen el nombre de mi patria. A Francisco Pizarro, conquistador del Perú, el Rey de España lo hizo Marqués de la Conquista, como si la del Perú hubiera sido la única, la buena, la que cuenta. Fue, en todo caso, la que trajo más oro a las arcas reales, dilapidado luego en guerras y otros lujos.

Se ha dicho que la conquista fue un fenómeno de extremada crueldad, de genocidios irrestrictos, unidos a la explotación del hombre por el hombre. También aquí hay, obviamente, mucho de cierto, pero la imagen debe corregirse con lo que hasta hace poco no se entendía. Las enormes pérdidas de la población de masas indígenas en los países conquistados se debieron, en gran parte, a la contaminación microbiótica contra la cual los aborígenes americanos no tenían defensas naturales, aunque también tuvieron su revancha. Hemos de volver sobre la enorme significación cultural de este hecho biológico, que corrige las versiones más crudas de la Leyenda Negra.

En contraste, y para mencionar algo favorable alguna vez, se ha dicho que la conquista es una de las más notables manifestaciones históricas del ardor religioso y de la caridad entendida como amor en nombre de Dios. Esto también es cierto. El mundo entero conoce la historia de Fray Bartolomé de las Casas. Los peruanos conocemos otras historias no menos conmovedoras de intensa espiritualidad e ilimitada compasión que están escritas en las bases de nuestra nacionalidad. Toribio de Mogrovejo, obispo predicador del Evangelio; Francisco Solano, que entre otros muchos ostenta el título de Patrono de pecadores empedernidos, cosa que, sin duda, hacía falta en el Perú de entonces; Rosa de Lima, que en el conjunto de la mística cristiana, según ha expresado un autor inglés, representa una espiritualidad surgida metafóricamente del mundo vegetal y de su forma especial de vida. Por último, Juan Mesías y su hermano del convento dominicano de Lima, Martín de Porres, en quien se encarna la igualdad humana como capacidad de realizar el infinito. Menciono sólo los seres humanos que vivieron en el Perú y han llegado a los altares de la Iglesia católica. Todos ellos son santos del amor y de la abnegación ilimitada ante el sufrimiento ajeno. Todo ello que bien hacía falta en el tumultuoso Perú naciente.

La Conquista es, pues, un fenómeno multifacético en que coexisten los elementos más contradictorios. Pero qué menos podía la conquista que ser eso si la vemos a la luz de su puesto en la Historia Universal. Tremenda irrupción del destino, en la conquista se desplaza violento el curso de la vida, pero también surgen de ella los más dolidos y auténticos acentos del espíritu. Hemos aludido al hecho de que los